UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

IV

El bueno del comandante, sentado en la mesa al lado de la señora Herblay, estaba tan violento como suele estarlo un actor la primera vez que se presenta en las tablas de un teatro de primer orden. Miraba de cuando en cuando á su sobrina, que estaba sentada frente á él, mientras que, sin saberlo, era él mismo el blanco de las miradas de todos los comensales, los cuales analizaban hasta el más insignificante de sus movimientos. El veterinario y el notario cambiaban miradas de inteligencia y Ducasse inclinaba su blonda cabeza hacia adelante para inspeccionar mejor al candidato, á quien no veía más que de perfil. Este, que era de complexión nerviosa, se hallaba en aquel momento bajo el influjo de los nervios, que se acentuaba por contracciones en un lado de la cara, dejando el otro sin movimiento.

Emilio, á quien la presencia de Gilberta no consolaba del todo, sentía deseos de preguntar al veterina-

rio si su candidato había sufrido algún ataque de hemiplegia, pues se le notaba cierta parálisis en uno de los lados de la cara.

Evidentemente Verdier sufría. Su sobrina lo notó, y levantándose, le preguntó con mucha dulzura y naturalidad si seguía molestándole el pedacito de carbón...

Charvet, que presidía la mesa con una majestuosidad ya senatorial, interrumpió, casi riéndose, á la joven:

—¿Qué pedazo de carbón es ese?

—¡Ah! ¡El carboncito!—pensó Emilio, encantado al ver al candidato rayar en lo cómico.

El comandante enrojeció como si hubiera cometido una falta, y mirando á Gilberta con gesto de reproche, se apresuró á decir:

—¡No es nada... absolutamente nada... Una chispita apagada de la máquina que me entró en un ojo en el vagón!... ¡Esto no vale la pena!

—Laváos un poco el ojo y se os quitará—dijo Enriqueta.

—Gracias... gracias... Esto no es nada...

—¡Ah! ¿Si habrá venido ese buen viejo á este castillo á curarse de sus heridas?—murmuró Duccasse al oído de Guenaut.—¿Por qué no le llevan á la enfermería?

El veterinario comenzaba á encontrar admirable á este parisiense, á quien el despecho hacía olvidarse un poco de su gravedad. Después de todo, ¿quién

sabe si el gran Pitt habría caído también alguna vez en la tentación de burlarse del prójimo?

Felizmente la sobrina del comandante no pensaba en el ridículo, ó si pensó en él no temió arrostrarlo. Pidió la venia á Enriqueta, á cuyo lado estaba sentada, y obtenida ésta, se dirigió á su tío, rogándole la dejara ver si tenía el ojo inflamado.

—Con vuestro permiso—dijo Verdier á los comensales al propio tiempo que se ponía en pie.

Gilberta le llevó hasta el hueco de una ventana para poderle ver con luz bastante, y alzándose ligeramente sobre las puntas de los pies, separó con sus lindos dedos los párpados del comandante, dispuso los labios, y un ligero soplo, pasando suavemente á través de ellos, delicados y finos, fué á expulsar la molécula de carbón que, raspando el ojo del comandante, le había puesto tan colorado que parecía iba á echar sangre.

Ducasse miraba á Gilberta con el interés que lo hiciera momentos antes en el vagón. Era en verdad una jovencita en todo el esplendor de su encanto y en plena inocencia.

Toda la mesa debió encontrar esto perfectamente risible, sobre todo Guenaut y Cappois, que hacían poderosos esfuerzos para no reirse.

Verdier era para Gilberta como un niño. Como su tío vacilara en llevarla con él á Dammarie, á pesar de la insistente invitación de la gran electora, le había dicho poniéndose muy seria: «Es preciso que

yo vaya. Si no voy yo, ¿quién os hará el lazo de la corbata?»

Había en ella algo de la madre, mejor dicho, de la mamá, para aquel buen hombre á quien adoraba.

—¿Qué?—preguntó Charvet, quien encontraba el incidente bastante vulgar...—¿Salió?

—Por completo—contestó Verdier, volviéndose á sentar.

El senador contempló á Gilberta, que volvía á ocupar su asiento, y le ocurrió pensar que valía la pena de pasar un mal rato molestado por el carboncito el recibir un soplo de la señorita Verdier.

—Apostaría, comandante—dijo, siguiendo la ilación de sus ideas,—á que habéis introducido vos mismo ese carboncito entre los párpados para tener la buena fortuna de que os lo expulsara de ellos vuestra sobrina.

Y el señor senador dirigió una mirada de satisfacción á los comensales, como pidiendo una sonrisa de aprobación, que le prodigaron largamente Cappois y Guenaut.

Enriqueta, comprendiendo que para borrar el mal efecto que esto había causado era preciso presentar al comandante bajo otro aspecto que el de un pobre hombre á quien su sobrina expulsa carboncitos del ojo, y sabiendo que en la vida del soldado, entre otros rasgos, había uno de lo más conmovedor, le rogó que lo refiriera á los postres. «Sí, sí,

era preciso que contara la historia del salvamento de los mineros de Meóns.»

—¡Ah, sí, comandante!—dijo Charvet.—¡El salvamento!... ¡La historia del salvamento!

—Un hecho en que el comandante se portó como un héroe—dijo la señora Herblay dirigiéndose á sus convidados, como si fuera el Presidente de una Asamblea.

Charvet levantó la voz para que todo el mundo oyera bien, y el silencio se hizo. Todas las miradas se dirigieron á Verdier, quien pareció muy molestado por esta curiosa atención. Y, cosa extraña en un político novel, nada le molestaba como oír hablar de él, aparecer él en escena. La especie de anuncio de la bella electora le molestaba tanto que hubiera querido meterse siete estados debajo de tierra. Por su parte, Enriqueta había elegido su candidato y quería darlo á conocer. Ducasse experimentaba ahora por el comandante cierta compasión. Pensaba que si le hubieran reprochado alguna mala acción no le habrían puesto en mayor aprieto.

—¡Tiene la palabra el comandante Verdier!—dijo solemnemente Charvet pensando en la actitud de su Presidente en el Senado.

—¡Oh! No hablemos de eso, os lo ruego... no hablemos de eso—decía el soldado tratando de sonreir. —¡Eso es ya tan viejo!...

La curiosidad aguijoneaba á Ducasse como á todo el mundo.

—¡Oh!—dijo con viveza.—Las buenas acciones no prescriben nunca. Es precisamente la única ventaja que tienen sobre los crímenes... ¿Qué salvamento es ese, comandante?

Los ojos de Gilberta parecieron decir al joven: «Ponéis en gran aprieto á mi pobre tío; pero ya veréis cómo vale la pena de que lo cuente.»

—¡Vamos, comandante, vamos, contadnos esa historia! ¡La historia del salvamento!—decía Cappois.

—¡El salvamento! ¡El salvamento!—repetía Guenaut golpeando la mesa con el mango del cuchillo como para acompañar un aire de opereta.

—Os lo suplico—repitió la hermosa castellana con acariciadora y argentina voz al oído de Verdier, que estaba colorado como un pavo.

Viendo que no podía pasar por otro camino, el comandante se encogió ligeramente de hombros, y un tanto contrariado y como si hubiera hablado de otro, de una noticia tomada de un periódico de la mañana, ó de una anécdota ya olvidada por lo vieja, evocó el recuerdo del suceso al cual Enriqueta acababa de hacer alusión:

Después de todo, ¿qué era lo que iba á referir?... La cosa más sencilla del mundo y que cualquiera hubiera hecho en su lugar. Uno de esos hechos afortunados de su vida de soldado, puesto que había tenido la dicha de evitar á infelices mineros el caer bajo un desprendimiento que les hubiera aplastado.

Hacía de esto diecisiete ó dieciocho años. Fué el 66. Verdier era entonces capitán y se encontraba en Meóns, cerca de Saint-Etienne, ocupado con los hombres de su batería en ensayos de artillería, cuando ocurrió en la mina hullera de Meóns un derrumbamiento producido por una terrible explosión de grisu:

—Algo así como un gigantesco cañonazo, como la explosión de un polvorín... Era por la tarde... El ingeniero y el maestro minero estaban en la mina... El ingeniero para examinar no sé qué reparaciones necesarias en los andamiajes... Nosotros estábamos acantonados en las inmediaciones... Al oír temblar la tierra bajo nuestros pies, como si fuera á estallar, uno de mis hombres me dijo:

—Capitán, debe de haber ocurrido alguna desgracia y apostaría á que ha sido en la mina.

—¡Pues, ea, muchachos—dije,—á la mina!

Cuando llegamos, una gran muchedumbre rodeaba las entradas de la mina. Las mujeres gritaban; los mineros, prontos á descender, se colocaban en sus cestos, que eran rechazados del fondo de los pozos como balas de corcho dentro de un tubo obedeciendo á una fuerte presión de aire. Toda aquella muchedumbre enloquecida se oprimía y se empujaba, casi sobre el vacío del negro agujero, en cuyo fondo se hallaba la muerte...

—Veo todavía—decía Verdier animándose un poco—aquellas linternas yendo y viniendo como

fuegos fatuos y á los valientes mineros tratando de bajar por las hendiduras á salvar á sus camaradas... El grisu flotaba como un veneno en la mina... Fué preciso improvisar una ambulancia para los que intentaron bajar. ¡Valientes! Dos de ellos que bajaron, cuando se tiró de la cuerda para subirlos se vió que estaban asfixiados. La madre de uno de ellos estaba presente.

—¡Hijo de mis entrañas... Clemente... Pobre hijo mío!...—exclamaba la inconsolable mujer.

Pero ¡ay! estaba muerto como el otro. Entonces me pregunté á mí mismo, con el corazón destrozado por tan triste espectáculo, cuántos habría en aquel subterráneo que aún podrían ser el sostén y el consuelo de sus familias si una mano generosa les sacase de aquel infecto y peligroso lugar.

Sabía que estaban dentro el ingeniero, el maestro minero, algunos obreros y un niño. Pues bien, me dije, es preciso salvar á los vivos y dar sepultura á los muertos; y sin hacer caso de nadie, guiado tan sólo por los impulsos de mi corazón, descendí al fondo del pozo. Mi gente y los mineros que allí había, viendo mi decisión, me siguieron... Estaba la atmósfera tan cargada que no nos servían de nada las linternas de que íbamos provistos; todas las luces se apagaban, y hubimos de recorrer las galerías al azar. Cuando hacía ya unos momentos que estábamos dentro empezamos á ver algo, presentándose á nuestra vista un cuadro aterrador. Estábamos

como enmedio de un bombardeo... Por todas partes se oían estallidos... Uno de mis artilleros quedó aplastado casi al lado mío, sin que apenas me diera cuenta de ello, bajo el peso de uno de los bloques de hulla que se desprendían á cada paso. Sin que estos desprendimientos nos amedrentaran, seguimos adelante, envueltos, puede decirse que por completo, en las tinieblas y sin encontrar aire respirable. Dábamos voces constantemente preguntando si había alguien que necesitara de nuestros auxilios; de pronto, tropecé, y caí. Había tropezado con un cadáver.

El comandante refería esto con una emoción tal que parecía encontrarse en aquellos momentos presenciando la catástrofe. Mostraba en su narración una brillantez y elocuencia que admiraban, sin cuidarse de dónde estaba ni de quiénes era las personas que le escuchaban; hasta su fisonomía había cambiado. Esta metamorfosis dejó admirados á los electores y amigos reunidos en el comedor de la señora Herblay. Refería ingenuamente que cuando empezó á encontrar por todas partes cadáveres, su desesperación era infinita, pues tenía ardientes deseos de arrancar á la Parca algunas víctimas, no por propia vanidad, sino por llevar el consuelo á muchas familias desgraciadas.

Apenas puesto él en pie y retirado el cadáver, oyó una voz casi exámine. Era la voz de un hombre que esperaba la muerte debajo de un montón de es-